

Cuetos • González • De Vega

Psicología del Lenguaje

EDICIÓN
REVISADA

organajes que permiten la formación del lenguaje

fonemas
PALABRAS
CONVERSACIÓN
LETRAS *léxico*
RECEPTOR *sintaxis*
LENGUAJE
pronunciación
Morfemas
EMISOR
mensajes
COMUNICACIÓN



INCLUYE
EBOOK

EDITORIAL MEDICA
panamericana

Ágata está escribiendo una novela policiaca.
La autora se inspira en los sucesos de la prensa. [6c]

Ágata está escribiendo una novela policiaca
 y () se inspira en los sucesos de la prensa. [6d]

En [6a] hay una anáfora muy simple consistente en la mera repetición del nombre Ágata. En [6b] está el pronombre que se refiere anafóricamente al mismo antecedente Ágata. En [6c] hay una anáfora categorial que se refiere al mismo antecedente, Ágata, pero describiéndola como «la autora». En [6d] tenemos lo que se denomina una anáfora cero en la que no hay un elemento anafórico visible, pero el antecedente, Ágata, sigue implícito en la cláusula. Como veremos la anáfora cero es de uso muy común en lengua castellana.

El estudio de las anáforas atrajo enseguida la atención de los psicólogos del lenguaje por diversas razones. En primer lugar, las anáforas son uno de los principales marcadores gramaticales («instrucciones de procesamiento») que inducen al lector o al oyente a establecer vínculos de correferencia entre las cláusulas y las oraciones. El lector debe resolver cuál es el antecedente anafórico para poder integrar las oraciones. En segundo lugar, las anáforas son extraordinariamente abundantes en la lengua, sobre todo los pronombres como «él», «ella», «ellos», «ellas», «lo», etc., que a menudo funcionan como anáforas. En tercer lugar, el estudio del procesamiento anafórico se presta especialmente al uso de los métodos de investigación en línea que han desarrollado los psicólogos del lenguaje durante décadas, como las medidas de activación o el registro de movimientos oculares.

Precisamente, una de las primeras tareas de los psicólogos del lenguaje fue tratar de desvelar mediante técnicas en línea en qué momento el lector resuelve el antecedente de la anáfora. También valoraron en sus experimentos qué factores determinan el coste cognitivo de la resolución de la anáfora. Así, la dificultad es mayor cuando la anáfora tiene dos posibles referentes (anáfora ambigua) que cuando tiene uno solo, cuando la distancia entre la anáfora y el referente es mayor o cuando el referente no pertenece al tema del discurso (la idea que se está desarrollando).

Las anáforas pueden tener un referente único claro, pero también existen *anáforas ambiguas*, es decir que son gramaticalmente compatibles con dos posibles referentes en la cláusula anterior. Veamos ambos casos:

Arturo le confesó la verdad a Juana porque
ella se lo pidió. [7a]

Laura le confesó la verdad a Juana porque
ella se lo pidió. [7b]

En [7a] la anáfora «ella» se puede resolver fácilmente gracias a que el género gramatical concuerda con Juana pero no con Arturo. Pero en [7b] la tarea es cognitivamente más compleja, dado que la pista gramatical es ambigua: «ella» concuerda tanto con Laura como con Juana en género y número. La resolución en este caso requiere procesos de razonamiento o inferencia basados en nuestro conocimiento del mundo: la causa de que Laura confesase fue que Juana (ella) se lo pidió.

Una de las primeras investigadoras que estudió el curso temporal de la resolución de anáforas ambiguas fue Gernsbacher (1989), quien utilizó tanto anáforas de repetición del nombre (no ambiguas), como anáforas pronominales ambiguas:

Ana predijo que Eva perdería la carrera [1],
 pero *Eva* [2] llegó la primera con facilidad [3].
 [8a]

Ana predijo que Eva perdería la carrera [1],
 pero *ella* [2] llegó la primera con facilidad [3].
 [8b]

Cada oración se presentaba automáticamente palabra a palabra en el centro de la pantalla, y en un determinado momento aparecía una palabra de prueba en mayúsculas, que podía ser uno de los nombres «ANA» (no referente) o «EVA» (referente). La tarea de los participantes consistía en leer y comprender las oraciones y responder rápidamente ante la palabra de prueba si había aparecido en la oración leída hasta el momento. Así, se presentaba a los participantes en ocasiones la palabra «ANA» o la palabra «EVA» inmediatamente antes de la anáfora [1], inmediatamente después de la anáfora [2] o bien al final de la oración [3]. La lógica del experimento es que los tiempos de reacción para «ANA» y «EVA» en distintos puntos del texto nos indicarán a activación relativa de ambas palabras y,

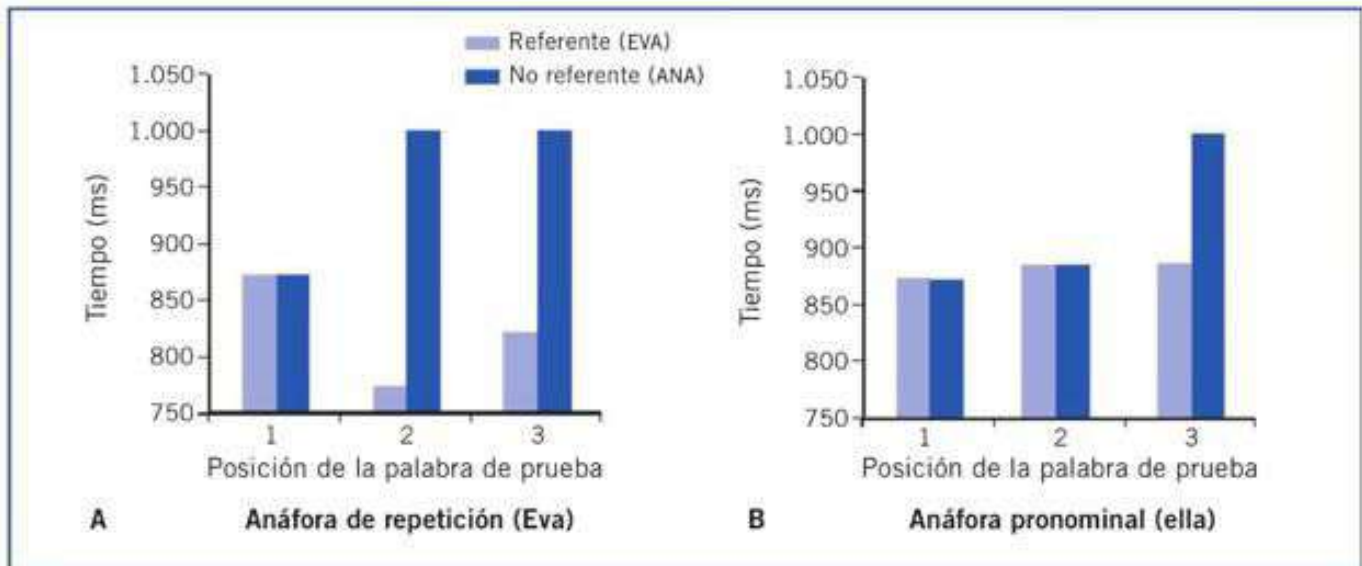


Figura 8-4. En la anáfora de repetición (A; el nombre del antecedente *Eva* se repite en la anáfora), la resolución es inmediata (posición 2), mientras que en la anáfora ambigua (B; el pronombre *ella* es compatible con dos posibles antecedentes) la resolución se aplaza hasta el final de la oración (posición 3). Tomado de Gernsbacher (1989).

por lo tanto, en qué momento se resuelve el antecedente anafórico. Los resultados se resumen en la figura 8-4.

En ambos tipos de oración, en la posición [1], antes de recibir la anáfora, tanto el referente como el no referente se verifican con idéntica rapidez, es decir, están igualmente activados. Sin embargo, en la anáfora de repetición en la posición [2] inmediatamente después de recibir el nombre («EVA») el referente se verifica mucho más deprisa que el no referente, y este mismo patrón se observa en la posición [3], al final de la oración. Los resultados con la anáfora pronominal ambigua muestran, sin embargo, que en la posición [2] tanto el referente como el no referente se verifican igual de rápido, es decir que permanecen igualmente activados. Sólo en la posición [3], al final de la oración, se verifica más rápido el referente que el no referente. Hay dos observaciones importantes. En primer lugar, la ambigüedad referencial del pronombre no se resuelve inmediatamente, sino que se aplaza al final de la oración. En segundo lugar, cuando se resuelve el referente de la anáfora, no sólo se verifica más rápido el referente sino que se enlentece la respuesta ante el no referente (compárese con los tiempos de respuesta en la posición 1 antes de presentarse la anáfora). En otras palabras, Gernsbacher postula que hay dos procesos que operan en la resolución anafórica: el ensalzamiento del referente (aumento de activación) y la supresión o inhibición del no referente.

En general, los pronombres anafóricos se refieren a un antecedente, con el que mantienen concordancia gramatical en género y número. Precisamente esa concordancia gramatical constituye una pista para resolver el antecedente. Hay una excepción a esto: las anáforas conceptuales. En los ejemplos que se muestran en la tabla 8-1, los antecedentes están escritos en singular y, sin embargo, sus respectivas anáforas son pronombres que están en plural y, por lo tanto, son gramaticalmente erróneos. Lo interesante, sin embargo, es que estas anáforas son *conceptualmente* correctas. En efecto, en algunos estudios se comprobó que los lectores aceptan las anáforas conceptuales, e incluso las prefieren a las anáforas gramaticalmente más correctas. En el primer ejemplo, los interlocu-

Tabla 8-1. Ejemplos de anáforas conceptuales

Antecedente	Anáfora conceptual
Objeto que aparece en una serie de objetos repetidos	Si necesitas un plato <i>los</i> tienes en la cocina
Categoría genérica	Voy a pedir una pizza margarita. Son <i>las</i> que más me gustan
Entidad que incluye a un colectivo	La profesora pidió silencio al grupo revoltoso. <i>Ellos</i> no le hicieron ni caso